

A ELADIO CABAÑERO

N

uestras vidas tienen ya muchos años de amistad, pero nuestra amistad continúa siendo joven, como viña nueva que todavía ha de dar sus mejores racimos, sus uvas de mayor calidad. Me pongo a recordar y te veo caminando por las calles de Tomelloso, divertido y grandullón, mozo a punto de hacer la mili. Ya estabas -ya estábamos- marcados a hierro y fuego por la poesía. Juan Ramón Jiménez, César Vallejo, Miguel Hernández... Nos veíamos de vez en cuando y hablábamos de literatura. Tú habías escrito aquel soneto que terminaba -copio de la memoria- con estos versos

reveladores: "Tomelloso, te mira tanto el cielo,/ que aunque estás prisionero de la tierra,/ tienes las alas libres para el vuelo". Para mí fue el primer aviso serio de tu poesía.

Y es que la cosa iba en serio, claro. En aquellos versos estaba ya latente el proceso de ósmosis y endósmosis producido entre Tomelloso y tu poesía. Tú has dicho en varias ocasiones que el pueblo de Tomelloso ha sido tu maestro. No faltarán quienes piensen que se trata de una frase ingeniosa, de las tantas que siempre se te ocurren. Pero no es así. Yo sé -como saben todos los que te conocen bien- que es una gran verdad. La verdad más profunda y duradera de tu vida. Porque las cosas más esenciales se aprenden mientras el hombre crece, en el lugar y situación donde hemos sido niños y adolescentes. Lo demás, lo que aprendemos luego de mayores, puede valernos para ganar el pan, incluso la fama, pero no el amor.

Ha llovido mucho desde entonces y el tiempo ha dado muchas vueltas, pero se han cumplido las profecías. Los caminos recorridos han sido largos, tortuosos, y grandes las fatigas. Tanto, que a veces cuesta trabajo reconocernos en aquellas fotografías de la mocedad. Aunque nos reconocemos inmediatamente en la escritura, y eso es lo que cuenta para nosotros. Iba yo camino de Granada, en mi primer viaje por Andalucía, cuando oí por la radio que te habían dado un premio en Barcelona. No pude recibir alegría mayor aquel día. Por entonces ya estábamos en Madrid, creo que apenas recién llegados, cada uno por su lado, pero con el mismo afán, con la misma ilusión. Después vinieron tus mejores libros, tus poemas más abarcadores, la consagración de tu personalidad literaria.